



Mario Córdova

Tetelman en el regreso

Aquella institución de renombre mundial llamada “Los Tres Tenores”, instaurada en los años noventa, masificó como nunca el canto operístico captando muy amplias miradas a un arte que para el gran público antes parecía lejano e incluso ignorado. Ya expirada esa suerte de santísima trinidad tenoril, que el marketing mantuvo viva más de la cuenta, esas miradas han estado a la expectativa de conocer y valorar las nuevas célebres voces de reemplazo.

También con bastante marketing de por medio y portando una calidad artística inobjetable puede afirmarse que en tiempos recientes ha surgido sólo un par de tenores verdaderamente famosos: primero Jonas Kaufmann y luego Jonathan Tetelman, ambos de muy buena facha.

Este último, nacido en nuestro



JUAN MILLÁN

Castro (Chiloé) y criado en los EE.UU., por una familia adoptiva, acaba de regresar a Chile con los máximos laureles de un cantante

Gran tenor de los nuevos tiempos.

lórico top, presentándose en el Teatro Municipal de Santiago junto a la Orquesta Filarmónica.

Fue un recital en que el tenor brindó una decena de interpretaciones, siendo sólo cuatro del repertorio operístico y el resto compartido entre canciones napolitanas, un trozo

de zarzuela un tango abolerado, la infaltable “Granada” y un festivo “Brindis” de “La traviata”, en que se le sumaron otras voces partici-

pantes en el actual montaje de esa ópera en el Municipal.

Tetelman es un súper cantante de primerísima línea, en etapa de ascenso a la madurez, poseedor de una potencia vocal que se aprecia gigante en el registro medio y agudo. Con esta cualidad tan energizada partió su recital -arias seguidas de “Luisa Miller” y “Manon Lescaut”- acaso desprovista de mayores matices, pero absolutamente convincente en su ánimo interpretativo. Luego vino “E lucevan le stelle” de “Tosca” (ópera que ya grabó para Deutsche Grammophon), sin alcanzar el clímax expresivo anterior. Sin embargo, el término de su breve tour operístico fue un remate colosal con “Mamma, quel vino e generoso” de “Cavalleria rusticana”, momento en que Tetelman vació una carga emocional ardiente de máximo poder. La respuesta de la

audiencia fue una sonora y prologada ovación.

En la segunda parte, célebres canciones napolitanas se encontraron con un tenor más compenetrado en el cuerpo que en el alma de esas piezas tan sentidas, pero que en la romanza “No puede ser” se destapó vocal y expansivamente.

Gran participación tuvo la Filarmónica dirigida por un excelente y encantador Constantine Orbelian, derrochando una simpatía y entusiasmo nada de común en muchos colegas, aun cuando se excedió casi chocheando por el tenor. A la labor acompañante orquestal se sumó media docena de números operísticos sin canto en que la agrupación se lució por entero.

Tal vez por no hablar castellano, Tetelman sólo cantó; no habló al público, acción en que se esperaba alguna referencia a su nacimiento chileno-chilote.